

GIBRALTAR

Por ARTURO ENRIQUE SANCHEZ (1)

¡Gibraltar!, peñón de plata
por piratas secuestrado.

Con dolor, mira la Patria
la ausencia del hijo amado
y en todos los corazones
hay un aguijón clavado.

Con el tratado de Utrecht
te tienen encadenado,
a un imperio colonial
ya caduco y desfasado.

Víctima de los ingleses
nuestro Gibraltar, esclavo,
tiene clavada una garra

(1) "HOY", 21-8-68

EL POETA ARTURO ENRIQUE, FELICITADO POR CASTIELLA.—Por una poesía alusiva a Gibraltar.—El poeta cacereño don Arturo Enrique ha recibido en el día de ayer, efusivo telegrama del ministro de Asuntos Exteriores, señor Castiella, desde San Sebastián, en el que le expresa su felicitación por la poesía «¡Gibraltar!». de la que es autor, y que lleva una dedicatoria concebida en los siguientes términos: «Al excelentísimo señor don Fernando María Castiella, luchador infatigable por la descolonización del Peñón, con admiración y cariño».

El texto telegráfico del ministro, dice: «Muy agradecido por su patriótica carta y preciosos versos. Fernando Castiella».

Los reproducimos con la mayor complacencia.

que le está doliendo a España
como lanza en el costado.

Cincuenta lustros, la Patria
con el pecho lacerado,
ha sufrido la vergüenza
de la presencia del «pájaro»,
que, como cuervo se ceba
en la carne a picotazos.

Ya las Naciones Unidas
con voces le han espantado,
para que suelte la presa
que a España le arrebataron.

No quiere conversaciones
porque sabe de antemano,
que a España sobran razones
sobre su pie cercenado.

Esta amputación nos duele
a todo español honrado,
y hasta que no se devuelva
la libertad, a ese esclavo,
no habrá paz con Inglaterra;
porque ellos, guerra han sembrado.

¡Gibraltar! Lengua de plata
que restalla como un grito,
en el corazón de España
y en el alma de sus hijos.

CERTAMEN FLUVIAL

Cuento inverosímil

1980

Neptuno ha llegado a la península tras largo viaje por todos los continentes. Sube a Gredos, emboca una caracola gigante y su poderosa voz rebota por cuencas y cordilleras, de Peñas a Tarifa, de La Nao a Roca. A la convocatoria del viejo rey de las aguas sus fieles súbditos acuden presurosos, felices; sobre todo los jóvenes, pues el monarca sólo de tarde en tarde recorre sus estados y hay arroyuelos que aún no le conocen y están ansiosos por contemplarle en toda su majestad.

Sentado en Almanzor, cubierto con la túnica púrpura, la fabulosa corona sobre la regia testa y el áureo tridente en la mano, el anciano rey es un símbolo de poder, de gloria. Los viejos ríos le contemplan una vez más con admiración y respeto; los jóvenes que le ven por primera vez están fascinados. Hace señal de que quiere hablarles. Acostumbrados al eterno murmullo de sus ondas, les cuesta trabajo callar, mas al fin se hace el silencio. Dice el rey:

—Mis leales súbditos. Un milenio ya desde mi última visita, pero os tengo presentes siempre. Los peces me llevan noticias y sé que todos, hasta los nacidos desde entonces, cumplís exactamente vuestro deber. Me satisface y os felicito por ello. Como el fin se acerca, pues llevo muchos siglos a la espalda, y acaso sea ésta la última vez que nos veamos, he pensado dejar memoria de mi reinado, otorgando un galardón a aquél de vosotros que posea una condición tan singular que no sea posible hallarla en otro. El premio creo que dará total satisfacción al que lo gane. Dispondré que las nubes se rompan sobre él para que su cauce esté siempre lleno.

Fuertes murmullos aprobatorios. Era un señor premio para cualquier río que se estime. A los ríos les gusta lucir su capa azul volteada de terciopelo verde, y les avergüenza que la sequía arrebatase la capa y les deje casi en cueros, mostrando la ropa interior bastante sucia. Así que, desde los ancianos hasta los chiquillos, todos se encalabrinaron con el posible galardón. Ahí era nada, lleno siempre a reventar y lucir la hermosa capa. Si, un premio regio. Añadió el monarca:

Ahora, uno a uno, expondréis la cualidad que tengáis por excepcional. Oiré a todos y daré mi fallo. Pero os ruego que moderéis el há-